

imprevistos podían despertar un espíritu nacional: una gran batalla acababa de darse por el mariscal Soutt en las murallas de Tolosa, y había hecho dudar de los talentos y fortuna de Wellington; en fin titubeaban, pero la desercion de un mariscal y la sumision del 6º cuerpo los animaron, y resolvieron la exaltacion de los Borbones.

11 de  
Abril.

Napoleon, instruido de este nuevo reves, hizo al fin dimision de su poder, y la isla de Elba, cuya soberania se le aseguró, le fué señalada para su retiro. Despues de tiernas despedidas á sus viejos compañeros de gloria, se separó escoltado de comisarios de todas las potencias de Europa. Mientras hizo su camino, tuvo que sufrir las injurias del mariscal Augereau, y en el Mediodia, cuyo populacho se había

20 de  
Abril.

desencadenado, corrió riesgo su vida; sin embargo, la fidelidad de algunos de sus guerreros, dulcificó la amargura de su corazon. Los generales Bertrand, Drouot y Cambronne quisieron tener parte en su destierro, y le siguieron, asi como tambien algunos viejos granaderos y Polacos, falange escogida que había con él plantado el estandarte tricolor sobre todas las capitales de Europa.

§ III. Ultimas reflexiones sobre el gobierno imperial. — Vuelta de los Borbones. — Carta. — Sintomas de descontento.

- Bonaparte, de extensísimo genio por naturaleza y de carácter emprendedor, debía crear grandes cosas, y era capaz de todo género de ambicion. Rodeado de republicanos virtuosos, acaso

hubiera sido un Washington ; pero empezó su carrera entre esclavos envilecidos que se adornaban con el nombre de republicanos , y estudió la parte que habian tomado en la revolucion. Vió por todas partes que el interes personal era el único móvil verdadero de su supuesto civismo. Despreció estos chismosos revolucionarios , y desgraciadamente su ejemplo le arrastró á convencerse , que el desinteres político no existia , ó que si algunos hombres hacian profesion de él , eran engañados , en razon de su contacto necesario con la masa corrompida. Todo cuanto veia en sus alrededores le autorizaba á menospreciar los hombres y sospechar las ideas liberales , máscara forzosa entónces de todas las intrigas. Contra su modo de

pensar , deshonró los mas generosos principios del patriotismo , porque á sus ojos los que los proclamaban no eran sino hipócritas. Aprendió en sus ejércitos que era mas fácil acostumar los hombres á la obediencia que la libertad: el mecanismo de la disciplina militar , en donde todo marcha en regla , le habia seducido , y no creyó imposible aplicarle á la alta administracion ; asi es que cuando con mano vigorosa se apoderó de las riendas del estado , no cesó de ser un general , é inmediatamente se agolpó sobre él tal género de bajezas y adulaciones , que parecia mas bien un Dios que un hombre. Sieyes se encargó de organizarle el despotismo , y otros dóciles agentes movieron todos los resortes. Bonaparte descansó sobre su zelo y los

servicios de su vileza; todo se prosternó á su presencia, ofreciéndole adoraciones, y se le incitó á poner sobre su cabeza la corona que, segun su expresion, habia encontrado en el suelo. Protegiéron su deseo de reinar, y reinó; tambien le inspiráron el gusto por las distinciones nobiliarias y el amor á la antigua aristocracia; sus familiares le hicieron creer que era una grande idea política, y cedió á sus sugeriones.

Bonaparte en política, no se detenia en los principios, y no tenia mas objeto que el suceso que le salió bien. Mas tarde tuvo la manía, natural á los jugadores y conquistadores, de creerse seguro de la fortuna, y descuidando su primera ciencia, sucumbió.

Bonaparte unia á su grande instruccion, extensa y rápida experiencia, una

memoria prodigiosa, y una inmensa facilidad en concebir; discutia muy bien sobre cualquier asunto, tenia un juicio muy sano, el golpe de vista perspicaz y conocia los hombres. Todo género de entusiasmo se llegó á apagar en él, ¡y sin embargo estaba enamorado de la gloria! La gloria era su única pasión, su solo goce, y para conquistarla era capaz de resistir á todos los trabajos y á los mayores sacrificios; conducido por ella á objetos laudables, ejecutó las mas maravillosas y útiles empresas, y lo demuestran bien claramente, el camino del Simplon sobre los Alpes, el canal de Cherburg, la reedificacion de Leon, las bellezas de Paris y la reunion de todas nuestras leyes en este célebre código, obra la mejor de su reinado. Extraviado por

una política odiosa y por el deseo de dominar, la misma pasión le arrastró á invadir la España y asesinar al duque de Enguien. Un republicano debía odiar el reinado de Napoleon, como atentatorio á la libertad, y como la única transaccion posible á la contrarrevolucion; pero aun detestando su yugo, ¿como es posible dejar de admirar sus grandes acciones, y no sentirse penetrado del mayor respeto por su persona? Napoleon era el hombre, el genio y el héroe del siglo. Sus triunfos ennoblecieron y engrandecieron la Francia. Un verdadero patriota debía desear la desaparicion de este brillante metéoro, consagrándole todo el reconocimiento á su resplandor..... Pero volvamos á la relacion de los acontecimientos.

El conde de Artois, volviendo á entrar en Paris bajo el título de teniente general del reino, se hizo anunciar con una proclama en que se leian las siguientes promesas, que no podian realizarse enteramente: *¡No habráya conscripcion, derechos reunidos, ni impuesto alguno que sea molesto!...*

el grito de paz se oia por todas partes, y el pueblo acogió con alegría al príncipe que parecia ser el afortunado mensajero de una próxima reconciliacion entre Europa y Francia. Algunas palabras tiernas de su parte, tales como las de *union y olvido*, enternecieron de algun modo los corazones.

Sobre estas circunstancias apareció la constitucion concluida por el senado, con uno de los artículos fundamentales que tenia por objeto la con-

12 de  
Abril.

servacion de su poder, las plazas y riquezas de los miembros que le componian, sin ocuparse de si era este el parecer de la Francia. Luis XVIII, sin aceptar esta constitucion discutida sin detencion par un cuerpo degradado en la opinion, adoptó todas sus basas en una declaracion que firmo en San Ouen. Se vió en este célebre monumento la sancion de la revolucion, y desde entónces los Franceses, confiados en esta promesa, se entregaron sin reserva á su rey, y el dia siguiente entró en la capital saludado por vivas aclamaciones. Las mugeres sobretudo se apresuraron á derramar bendiciones sobre la familia real, porque la palabra, *no habrá ya conscripcion*, parecia haber agotado la fuente de sus lágrimas. Esta conscripcion era la dolo-

1º de  
Mayo.

3 de  
Mayo.

rida llaga de la Francia, se llevaba sus jóvenes cada año, y hacia ya dos que escogia sus víctimas entre los adolescentes, despues de haber sepultado la juventud.

Talleyrand, Montesquiou, y los miembros del gobierno provisorio se hicieron ministros de un rey cuya vuelta habian preparado ellos mismos. Se formó una cámara de pares, y se colocó en ella á casi todos los senadores, una parte de la antigua nobleza, y muchos emigrados. Se convocó el cuerpo legislativo; el rey se presentó á él, en session solemne, y se leyó en su nombre la carta constitucional, obra sabia y justa que era bastante conforme con el espíritu del siglo y se apoyaba en las basas de la declaracion de San Ouen. Se aplaudió en general esta conce-

4 de  
Junio.

sion del trono, y se consideró suficiente; pero hubiera sido mas satisfactoria si se hubiese presentado á la aceptación de la nacion. El dogma de la legitimidad mantenido en toda su plenitud, la fecha de las ordenanzas reales que reclamaban veinte años de reinado y declaraban por este medio rebelion culpable las hazañas de nuestros ejércitos y los trabajos de nuestros legisladores, hicieron sombra á los patriotas. La marcha de los aliados, por la alegría que imprimió en todas las almas, detuvo por algun tiempo la opinion; pero no tardó en pronunciarse, y mil circunstancias concurrieron á hacerla hostil.

La carta real anunciaba el designio de mantener el equilibrio entre la antigua y nueva Francia, y un ministe-

rio inhábil hizo presentir intenciones contrarias: se temió una vuelta al antiguo régimen, y el horizonte político se obscureció.

La carta habia afianzado la libertad de la imprenta, y los ministros establecieron la censura con la ayuda de un extraño sofisma que se dirigia á encontrar una sinonimia entre las palabras *reprimir y prevenir*; calificaron la carta de ordenanza de reforma, y fueron bastante imprudentes para inspirar miedos á los poseedores de bienes nacionales, suponiendo que la irrevocabilidad de la venta de estos bienes era un principio de circunstancias que era preciso aun sostener por algun tiempo para derribarlo con mas facilidad. Al mismo tiempo pareció recaer sobre el clero un favor de

masiado prematuro; se trató de darle mucha consideracion, pero se temia que recobrase un influjo funesto. La marcha del ministerio hizo nacer desconfianzas, y las acciones de los amigos subalternos del trono las aumentáron aun, causando una verdadera fermentacion.

Cuando se anunció la vuelta de los Borbones, un tropel de antiguos privilegiados corrió á Paris, y estos mismos que no hicieron mas que huir en el día del peligro viniéron á hacer parada de su fidelidad. Los que se habian consagrado al gobierno intruso se apresuráron á protestar que le habian vendido. Los emigrados despojados reclamáron su patrimonio; otra infinidad de pretensiones se agolpó, y el rey, fatigado de ellas, se esforzaba á calmar su ardor; pero sus ministros las

acogian todas, y se dejaban dirigir por ellas. Inmediatamente se llamáron jacobinos los defensores de la carta, que era sin embargo enteramente real; se llamó criminal el olvido de lo pasado; se reclamó el castigo de los regicidas, y se publicáron folletos sobre este asunto. Papeles constitucionales respondiéron á los folletos realistas, y los principios de la revolucion fuéron invocados en ellos. Los propietarios de bienes nacionales amenazados, y los labradores que aperciaban en lo venidero el fantasma del diezmo y las corveas, levantáron la voz de alarma, y todos los patriotas publicáron sus quejas. Carnot trazó un cuadro horroroso de esta situacion de la Francia, se atrevió á defender su voto en el proceso de Luis XVI, re-

clamar el olvido como un deber, y pronosticar nuevas turbulencias. La memoria que publicó le acarreó persecuciones, pero tuvo millones de lectores; reveló á gentes que estaban satisfechas y tranquilas agravios y violaciones que no sospechaban, y alumbró las pasiones de la masa, inerte hasta entónces.

Otros síntomas de discordia existian ademas: bajo el régimen imperial, la nobleza de Napoleon, mas orgullosa aun que la antigua, se habia atraido el odio del pueblo, y la antigua se valió de esta reciente disposicion de espíritu. No quiso reconocer los caballeros napoleonistas por sus hermanos; pero la opinion pública habia mudado, y viendo las dos aristocracias al frente, se unió á la que procedia de la revolu-

cion; por reconocimiento á los servicios que nuestros gefes guerreros habian hecho mientras la campaña de Francia, les perdonó sus títulos imperiales, y se pronunció en favor de los soldados ennoblecidos, afectando despreciar á cualquiera que se calificaba de caballero. Esta predileccion pudiera haber ilustrado el ministerio, é inclinarle á condescender con ella; pero, lejos de esto, pareció que tomaba por su cuenta el contrariarla. Oficiales que habian envejecido en el ejército fuéron enviados á sus hogares con un mezquino medio sueldo, y generales, sin idea ninguna del arte de la guerra, fuéron de repente colocados: no habia ya en fila del ejército honrosas cicatrices, y todo el mérito de las hazañas fué desconocido.



1815. El descontento debía despertar los partidos. La restauracion, que habia prometido á la Francia la calma, iba á ver en movimiento las teas de la discordia, y todo anunciaba rompimientos próximos. Las persecuciones dirigidas contra Excelmans, uno de los gefes del antiguo ejército, absuelto por un consejo de guerra, aumentaron la irritacion de los militares, y les sugeriéron el pensamiento de la insurreccion.

Una circunstancia poco importante por sí misma despertó el espíritu público y la borrasca que amenazaba ya. El cura de San Roque, una de las parroquias de Paris, negó las ceremonias de su ministerio y las oraciones de la iglesia á una célebre cómica, que murió sin haber renunciado de su profesion, mirada en otro tiempo como

impia. Este acto de intolerancia indignó á los ciudadanos. Un movimiento popular amenazó al imprudente cura: San Roque fué invadido, y la exaltacion del tropel fué tal que la autoridad creyó deber satisfacerla, obligando á rendir los honores fúnebres á la cómica delante de cuyo féretro el santuario se habia cerrado.

Este acontecimiento empezó á abrir los ojos al gobierno, pero desgraciadamente era ya tarde.